

crecemos / XXI

DOCUMENTO DE ACCIÓN CATÓLICA OBRERA

¡QUÉ SUERTE TIENES!

Me han pedido que escriba en un *Crecemos*. Creo que sólo puedo ofrecer un camino de 71 años, lleno de dudas y de altibajos. Pero he aceptado el reto. Agradezco la oportunidad de realizar un viaje de introspección que me va muy bien, aunque me siento un poco desnudo en público.

Establezco unas etapas de mi vida en relación a mi vivencia de fe.

La familia. Ha tenido una fuerte influencia: nací en una familia culta, catalanista y muy religiosa. Reconozco y agradezco su testimonio y constato que me ha aportado muchas cosas. Agradezco especialmente el amor por las cosas bien hechas, el optimismo, la tolerancia, el excursionismo y el amor a la naturaleza, el cariño por la lengua y el país, una visión abierta y europea del mundo y unos valores éticos fundamentados en una fe cristiana muy arraigada en la vida.

La universidad. El período de formación en mi edad adulta. Estudié en la UB entre los años 1970 y 1975. El contexto que vivimos representó para mí un fuerte impacto personal, especialmente en dos aspectos:

a) La politización. En ese momento existía una gran preponderancia del marxismo como herramienta de análisis de la realidad. Viví una fuerte politización, que repercutió en los cimientos religiosos que hasta entonces me habían sustentado.

b) Experiencia muy próxima de proletarización de personas muy cercanas. Descubrí que esa fe que yo había recibido y que era una respuesta personal a una llamada de Dios sólo tenía sentido en el marco de una clara opción por los pobres, mientras que la mayor parte de mis compañeros se declararon rápidamente agnósticos o directamente ateos.

De ahí creo que me vienen dos de los vectores que han dado sentido a mi vida y que han sido una constante: una opción política de izquierdas y una opción por los pobres.

Es me ha llevado a una *desubicación* personal constante en el mundo que por clase, por origen, por cultura y por familia debía ser el mío: una clase media catalana, burguesa, progresista y bien pensante. Siempre me he sentido mal en los ambientes políticos de clase media, también en los grupos sociales que debían ser los míos, y en grupos de iglesia de clase media. En esta *desubicación* me ha acompañado Montserrat, que desde 1976 ha sido mi compañera, es la madre de nuestros hijos y con la que he compartido todos estos 49 años.

Mi fe sobrevivió gracias a formar parte del Catecumenado Universitario (CU) que estaba integrado en el SUC (Secretariado de Universitarios Cristianos), y a un grupo de amigos con los que descubrí la vivencia de la fe en grupo y a partir de los hechos de la vida, y la alegría de vivir. También la importancia de la celebración de la fe. Vivimos la crítica a la Iglesia institución, al convencionalismo y a la doble

moral. Sin embargo, muchos de ellos dejaron la fe en un momento u otro.

En esa época tuvo en mí una fuerte influencia la teología de la liberación, de la cual obtuve dos ideas-fuerza:

- a) los pobres son sacramento, es decir, son signo de la presencia de Dios en el mundo, y
- b) el Reino de Dios es una propuesta de Dios a la humanidad entera y nosotros damos respuesta a la llamada que nos hace Dios construyéndolo con nuestro compromiso, trabajando por la justicia y por el amor, según las posibilidades de cada uno.

Cuando se fundó el MUEC, no me integré y con ello dejé la militancia cristiana estricta, y empezó para mí un largo período de desierto espiritual.

Creuyente sin comunidad. No sé cómo sobreviví espiritualmente a este desierto: experimenté un fuerte sentimiento de soledad. Además, por cuestión de trabajo dejamos Barcelona para ir a vivir a una ciudad del interior de Catalunya. Fue el momento de la profesionalización y la paternidad. Nos tuvimos que



insertar en un nuevo entorno, sin el apoyo de los amigos de siempre; establecer nuevas relaciones en una sociedad muy distinta a la que conocíamos, conservadora, cerrada, con poca presencia de movimientos sociales; una iglesia muy tradicional. Fue un momento muy centrado en la profesión: implicación en la enseñanza pública. Y el momento de la paternidad: ver crecer y educar a dos hijos, con todo lo que esto representa. Más tarde, vino mi implicación en la política municipal como concejal. Es un momento de mucho enfriamiento de la fe. Pero siempre manteniendo un pequeño hilo.

Una pequeña comunidad. En un barrio obrero marginal nos empezamos a reunir quincenalmente un grupo de personas que nos conocíamos de las luchas sociales del momento, con un denominador común: nos sentíamos fuera de la iglesia institución, pero manteníamos un mínimo sentido de respuesta a la llamada del Evangelio: un sindicalista, una luchadora obrera y miembro del comité de empresa de una de las principales fábricas de la ciudad, una madre líder de la asociación de vecinos y antigua militante de

la JOC, un antiguo miembro de la HOAC, Montserrat y yo, maestros, luchadores por la escuela pública en una ciudad donde llevar a los hijos a la enseñanza pública era indicador de una cierta marginalidad, y el párroco de la parroquia. Nos reunimos durante bastantes años, haciendo reflexión informal sobre los hechos de nuestra vida. Tuvimos la compañía de distintos párrocos. Poco a poco, sentimos la necesidad de vincularnos a la iglesia y dimos el paso de incorporarnos como grupo a la HOAC.

La vinculación a los movimientos de Acción Católica. La iniciación en la HOAC fue extraordinaria. Desgraciadamente no encajamos en ella. El talante de nuestro grupo requería un espacio de libertad que no encontramos. Dimos el paso a ACO. Ya hace muchos años que somos miembros. Hacemos revisión de vida quincenalmente, hacemos estudio del Evangelio. Somos un grupo pequeño, nos hemos ido haciendo mayores juntos, y ACO alimenta mi fe. Con la vinculación a ACO se cierra el período de desierto espiritual. Aquí he encontrado a militantes y consiliarios que siento cercanos en el camino de la fe, en el intento de dar respuesta a la llamada

de Dios para construir aquí y ahora el Reino de Dios. Compartimos esfuerzos, respuestas, debilidades y testimonios. Una vida sencilla, de compromiso y de voluntariado, de cuidado y de aceptar las limitaciones derivadas de la edad.

El voluntariado de prisiones.

Después de unos años de compromiso político institucional volví a la enseñanza, pero fui a trabajar como maestro a un centro penitenciario. Allí descubrí un mundo que no conocía y que me atrapó. Después, cuando me jubilé, como yo era miembro de Justicia i Pau, me hice voluntario de prisiones en esta entidad. Hasta la fecha.

El día de la Mercè del 2019 el cura de la cárcel nos pidió a algunos voluntarios que en la celebración eucarística explicáramos por qué íbamos a la cárcel. Dije lo siguiente:

“Lo primero que quiero decir es que yo tenía un desconocimiento total del mundo de la cárcel. La sociedad no quiere saber gran cosa de las personas que están cumpliendo penas de cárcel. Cuando conocí la cárcel como voluntario, cuando empecé a conocer a personas presas, descubrí un mundo de mucha humanidad,

de frustración, de angustia y de sufrimiento, pero también de esfuerzo y de esperanza. Descubrí a personas que luchaban para cambiar de vida, para salir del pozo en el que estaban, que aspiraban a obtener la confianza de los demás y de sí mismos. Aprendí a anteponer a la persona por encima de cualquier otra consideración, a no juzgar, a estar al lado, a escuchar, a dar una mano y a hacer lo posible para que personas concretas, con nombres y apellidos, tirasen adelante, para que enfrentaran el momento de la salida del túnel con fuerza, con más ánimo, en la mejor situación personal posible. Aprendí a comprender que no hay ni buenos ni malos, que todos estamos hechos del mismo barro, que todos tenemos luces y sombras, que todos tenemos derecho a llevar una vida digna, nueva, basada en el respeto a los demás y a uno mismo. Y viví la gracia de saber que Dios nos plantea a todos el reto de ser humanos en el sentido más pleno de la palabra, a amar y a amarnos, porque Él nos amó de forma infinita. Os doy muchas gracias a todos vosotros porque viniendo aquí he aprendido a ser mejor persona”.

Hace muy poco, una amiga, que no sabía que soy creyente, al saberlo me dijo: “¡Qué suerte tienes!”